

La Bomba Atómica. Mi Experiencia.  
Por Namio Sakamoto (anteriormente Arakawa)

La razón por la cual sigo apelando a la paz mundial todos los años es que soy una de aquellas personas que experimentaron directamente el bombardeo atómico en Nagasaki. Nagasaki y Hiroshima son las únicas dos ciudades en el mundo que sufrieron este tipo de bombardeo. Entonces yo tenía 15 años de edad y cada semana pasaba tres días en la Escuela Secundaria Superior de Comercio de Nagasaki y otros tres días en la planta manufacturera de la compañía Mitsubishi Electric que era donde yo estaba el día del bombardeo.

Esa mañana diez de los estudiantes y uno de los maestros subimos al tren para ir a la oficina principal de la compañía, donde hicimos recados para algunos trabajadores que iban y regresaban de uno de los sitios provisionales de fabricación. Nuestra tarea era devolver sus herramientas y cosas al dormitorio de los trabajadores. Las cargamos en un camión y después nos sentamos en su parte trasera y allí nos quedamos esperando a que regresara el maestro. En ese momento fue cuando sucedió. La explosión hizo un ruido increíble y el cielo fue iluminado por un destello más luminoso que el sol de verano. Al mismo tiempo un viento caliente vino rompiendo el aire. Mientras luchaba por quedarme en el camión, levanté mis ojos y vi una enorme nube blanca que interceptaba el sol. Por debajo de esa nube había un fuego terrible. Asustado por la magnitud de la catástrofe, me arrastré bajo el camión y me quedé allí boca abajo con las manos en la cabeza. Después de un rato, no estoy exactamente seguro cuánto tiempo pasó, quizá 5 o 10 minutos, quizá incluso menos, una sirena de anuncio de bombardeo aéreo rompió el silencio. Nuestro maestro nos gritó para que fuéramos hacia el refugio antiaéreo que había dentro del taller y todos nosotros conseguimos refugiarnos allí de forma segura. Dentro del refugio oí a los trabajadores mayores decir que debía de ser una de esas bombas paracaídas de nuevo tipo como aquella que había sido lanzada en Hiroshima el día 6 de agosto.

Nos quedamos en el refugio durante unas horas y después el maestro decidió que volveríamos a nuestro dormitorio. Los caminos estaban bloqueados a menudo, pero caminamos a través del barrio de Hiradogoya, a lo largo del pie de la montaña. Cubrimos nuestros ojos cuando nos encontramos con algunas terribles escenas que vimos por el camino y a algunos de mis compañeros les empezaron a temblar las rodillas y tenían que agacharse al lado del camino.

Por fin llegamos a nuestro dormitorio, ubicado en Shiroyama, solamente para descubrir que se había quemado por completo. El establecimiento de entrenamiento también había quedado destruido completamente. Inmediatamente empezamos a rescatar a los sobrevivientes atrapados debajo del tejado derrumbado. No teníamos nada de comida ni un lugar para dormir. Esa noche aguantamos el hambre cociendo una calabaza que encontramos en el campo, y luego, colocamos hojas de pinito japonés (*Kochia scoparia*) sobre la tierra y dormimos bajo el cielo abierto.

Al amanecer vino un equipo de rescate y bajo su dirección sacamos los cuerpos muertos de nuestros compañeros de la clase de debajo del tejado derrumbado. Llevamos esos cuerpos muertos a un área abierta que se encontraba al lado del establecimiento de entrenamiento y los colocamos sobre unas esteras de pinito japonés. Después hicimos piras fúnebres con trozos de madera y encima de ellas pusimos los cuerpos muertos. Apilamos piras en tres capas y colocamos tablas de madera y astillas en sus alrededores. Entonces, prendimos fuego y nos inclinamos rezando nuestras oraciones. Estábamos de pie paralizados mientras los cuerpos de nuestros amigos y superiores se derrumbaban en ardientes llamas.

Durante tres días y tres noches en que trabajamos, ayudamos también a recoger las cenizas de los muertos del dormitorio quemado. Las cenizas de aproximadamente 150 víctimas del dormitorio y del establecimiento de entrenamiento fueron colocadas en cajas sencillas de madera proporcionadas por la compañía, las cuales se guardaron en un cuarto de reunión hasta el fin de la guerra.

Nueve de los muchachos del dormitorio habían venido a Nagasaki con grandes ambiciones para el futuro, cinco desde Miyakonojo y cuatro desde Takasaki. Tres fueron consumidos por las llamas de las piras fúnebres y puestos en cajas sencillas de madera, las cuales fueron llevadas en los brazos de sus amigos. Tres de los sobrevivientes heridos tomaron trenes atestados de pasajeros, trenes de carga y locomotoras hasta que finalmente volvieron a sus respectivas casas.

Han pasado más de 50 años desde el fin de la guerra y mis recuerdos se han desvanecido. Pero, cuando pienso en los compañeros que murieron tan jóvenes, me siento obligado a transmitir esta experiencia a nuestros descendientes, aprovechando cada oportunidad para decirles lo atroz que es la guerra, los resultados tan desastrosos que traen las armas nucleares y lo importante que es la paz.